

## XVII

Once meses después de los sucesos referidos, un caballero anciano y pobremente vestido se acercaba con aire cortado y temeroso á una portera que se hallaba sentada detrás de las puertas de cristales de su nicho, como llaman los porteros de París al asilo, muchas veces muy cómodo, que el dueño de la casa les concede.

Mme. La Roquette era viuda y tenía una hija que acababa de cumplir quince años. Julieta, que este era su nombre, era una perla: la madre era una especie de dragón, gruesa, negra, adornada de grandes mostachos negros, con dos ojos saltones llenos de severidad, bajo una frente estrecha y deprimida. Mme. La Roquette daba miedo á todas las porteras del barrio, aunque no se desdeñaba de hacerles un favor cuando la ocasión lo exigía.

La señora Anastasia La Roquette lo pasaba muy bien. Julieta ganaba un franco diario en el almacén de lencería de la calle Poissoniere, situado enfrente de la morada maternal: su esposo, el honorable Jacobo La Roquette, había sido sastre y le había dejado algunos ahorros: la portería producía al mes una pequeña suma y le daba casa; y



Mme. Anastasia prestaba cantidades cortas con un interés crecido, lo que hacía aumentar cada día su peculio, destinado todo á la linda Julieta, ídolo de su madre, aunque en la apariencia la educaba severamente, como ella decía.

Mme. Anastasia veía desde su trono de portera á la señorita La Roquette que cosía ó bordaba en su almacén, y que de cuando en cuando enviaba á su gruesa y presuntuosa mamá una mirada dulce y una cariñosa sonrisa.

No había cuidado de que ningún pisaverde de los que pasaban por delante del almacén obtuviese una mirada siquiera de Julieta: aunque ella hubiera querido, los ojos terribles de su madre, siempre fijos en ella, helaban todo deseo de coquetearías.

Desde que Julieta, hija ya de la vejez de Anastasia, contaba seis años, sus padres habían estado pretendiendo para ella una plaza en aquel taller de lencería, plaza que permitía á la niña trabajar á la vista de sus padres.

Así que cumplió doce años, la obtuvo: los dueños del almacén conocían la honradez de los esposos La Roquette, su espíritu de orden, su intachable moralidad y su amor al trabajo y á la economía.

En la época en que doy á conocer á mis lectores á la madre y á la hija, Mlle. La Roquette va ya á obtener medio franco más de retribución diaria por su primorosa manera de confeccionar

escofietas, canesús y otras prendas delicadas del bello y limpio ramo de lencería.

El día que el caballero anciano que he nombrado más arriba se llegó á la cancela de la portería, Mme. Anastasia se hallaba sentada detrás de los cristales en un alto sillón que Julieta llamaba *el trono de mamá*, y que era, en efecto, muy parecido á un trono.

Era un día de Febrero, bastante frío; sin embargo, Mme. Anastasia estaba elegantemente vestida con un traje de seda color de hoja seca, comprado en el Temple por un exiguo precio, y arreglado á su obeso cuerpo por la costurera de la boardilla.

Una escofieta, sujeta con una cinta de color de rosa cubría sus cabellos, teñidos de un negro bello y lustroso.

Sus gruesas y morenas manos agitaban con cadencioso movimiento las agujas de acero de una calceta de hilo muy fino, destinada á cubrir la graciosa pierna y el pié infantil de Julieta.

—Mi buena señora, dijo el caballero que se había acercado á los cristales, ¿podéis oír dos palabras que deseo deciros?

Anastasia abrió una de las vidrieras y dijo gravemente:

—Podéis expresar lo que queráis, caballero.

—Deseo saber si vive aquí una señora joven y viuda.

—Dos viven en esta hermosa casa: en el cuarto



principal la Sra. Condesa de..., hermosa dama que no ha cumplido treinta años.

—Todavía es más joven la que yo busco; se llama Mme. Cottin.

—Esa señora vive en el cuarto quinto.

—¡Dios mío! entonces, debe estar pobre.

—Creo que sí, caballero.

—¿Se halla ahora en casa?

—No, caballero; ni ella ni Misstris Rawlings.

—¿Vive aún con ella su aya?

—Sí señor; y las sirve á las dos, más de estorbo que de otra cosa, una vieja que tiene un genio como una arpía; se llama Mariana; ha sido nodriza de Mme. Cottin, y ésta la llamó á su lado después de viuda; pero yo os digo que es una especie de furia; y así, no subáis, porque no os abrirá.

—¡Y qué haré, santo Dios! yo no puedo volver á la calle! exclamó el caballero consternado.

—¿Que no podéis volver á la calle? ¿sois acaso alguno de los perseguidos? exclamó Mme. Anastasia, mirando con desconfianza al anciano, cuya suave y noble fisonomía la había interesado.

—No, señora... no... sino que vivo muy lejos de aquí y estoy enfermo..., dijo con voz que procuró hacer tranquila el anciano; y luego añadió:

—¡Si me permitiérais esperar aquí á Mme. Cottin, ya que decis que su sirvienta no ha de abrirme la puerta!

—Os respondo de que no abrirá; entrad si gus-

táis; son las cinco, y mi Julieta va á venir á comer, por lo que podréis conocerla.

Abrióse la puerta, y el anciano entró en la habitación de Mme. Anastasia.

Constaba de una salita cuadrada, en la que se veía una cómoda de nogal, un armario de lo mismo, algunas sillas de paja y una mesa para labor.

La alcoba contenía los lechos de la madre y de la hija, un antiguo buró donde la señora Anastasia guardaba su modesta fortuna, y un tocador que reflejaba cada día el rostro abotagado y severo de la madre y el rostro fresco y encantador de Julieta.

Todo respiraba allí cierto lujo y un bienestar relativo. el reloj que había sobre la chimenea era de bronce; sobre la mesa de tocador había un peine de concha y otro de marfil; la pomada y el jabón para las manos eran exquisitos; un precioso frasco lleno de agua de Colonia respondía de los hábitos elegantes de Mme. Anastasia y de su hija; en la chimenea ardía un buen fuego, y un perol pequeño dejaba ver en su fondo un apetitoso potaje, en tanto que atravesada en un asador daba vueltas un ave.

—Sentáos, caballero, dijo Mme. Anastasia; siento que el olor de la comida os sea molesto; pero no tenemos otra parte donde confeccionarla, y el comer de fonda es cosa cara para todos los días.

El anciano echó una mirada sobre la comida



preparada, en la que las angustias del hambre se traslucían con una dolorosa claridad.

Contaba ya aquel hombre sesenta años; su calzón de seda negro, su casaca de la misma tela con botones de acero, y sus medias de seda blancas decían que pertenecía á una clase elevada, por el alto precio que debían haber tenido aquellas prendas y por el corte á la vez severo y elegante de las mismas; una corbata blanca de batista y encajes prestaba á la noble fisonomía de aquel anciano un reflejo suave y armonioso, que se avenía de una manera maravillosa con sus grandes ojos azules, llenos á la vez de dignidad y de dulzura.

Su nariz corva y algo larga, su boca de labios gruesos, su calva frente, en torno de la cual se agitaban algunos cabellos castaños ya plateados por la edad, pero de una finura admirable, decían bien claro que todas las aristocracias se habían reunido en aquel hombre, y que aun quedaba la imborrable de una alta é ilustre cuna y la gloriosa é inmortal de un talento profundo.

Cuando con su mano blanca, delicada, de una forma exquisita, se quitó el sombrero al hallarse en la habitación de la portera, ésta sintió un involuntario respeto.

Cierto secreto instinto le avisó que se hallaba delante de la más alta nobleza y de la más completa desgracia.

—¿Conque es á Mme. Cottin á quien deseáis

ver? dijo Mme. Anastasia. Os felicito por conocerla; ¿hace mucho tiempo que no la véis?

—Diez años, señora; era entonces una niña muy bonita y muy buena.

—No es ahora otra cosa que una niña; aun no tiene veinte años; y en cuanto á buena y bonita, os dirá si lo es el apodo que le damos.

—¿Cuál es, señora?

—La llamamos *el ángel de la casa*.

—¿Y quién la llama así?

—Yo, mi hija y los pobres vecinos de las guardillas; figuráos que á mi Julieta le da lección de música por las noches; al hijo de la costurera le da lección de dibujo, y es un muchachón grosero y horrible, y á un pobre jorobado, hijo de una lavandera, le enseña el inglés y el italiano, para que pueda dar lecciones, lo que ya hará dentro de dos meses.

—Y ella ¿de qué vive?

—De una pequeña pensión que le ha quedado, de los bordados que le ha proporcionado mi Julieta, que trabaja ahí enfrente, y de las lecciones que da Misstris Rawlings, la que tiene cuatro discípulos de inglés y de pintura.

—¡Buena y querida niña! murmuró el anciano, enjugando una lágrima.

—Y no es eso solo, prosiguió Mme. La Roquette; ¿hay un enfermo en la casa? Mme. Cottin le cuida y le asiste; dos pobres viejas del cuarto sexto se visten de lo que ella les da; en su casa se les ha-



ce la comida, pues ellas van á cardar lana á un almacén lejos de aquí; la baratera de la esquina estuvo con viruelas, y *el ángel de esta casa* no se separó de su lecho, cuidándola noche y día; así es que todos la adoramos y todos nos dejaríamos matar por ella.

En aquel instante se abrió la puerta, y una criatura deliciosa penetró en la estancia. Era Julieta.

Ligera, esbelta, blanca, rosada, flexible, Mlle. La Roquette se asemejaba más bien á una hada que á una mujer; tenía una carita pura, fresca y delicada como un camafeo, alumbrada por dos grandes, vivaces y dulces ojos negros; sus cabellos, de un castaño claro y armonioso, se rizaban en su frente en numerosos y elásticos bucles; su boca era una flor de coral y perlas; su nariz griega, su cuello un poco largo, su delicado y gracioso talle, hacían de Julieta La Roquette una niña de una belleza admirable.

Llevaba un traje de color de castaña, de lana, corto, según la moda de la época, hasta dejar ver sus piecitos enanos, calzados con unos botines de marroquí verde que se veían completamente, así como dos dedos de una media fina y blanca, tejida por las manos de Mme. Anastasia: el vestido estaba adornado asimismo con alamares de seda verde con un buen gusto notable; las mangas, ahuecadas de arriba, daban á sus hombros infantiles un gracioso ensanche, y á su cintura una finura admirable; las espesas trenzas de sus

cabellos castaños se hallaban prendidas con una larga aguja de oro, y nn canesú blanco de muselina, prendido con un lazo de cinta verde, completaba su modesto y gracioso atavío.

—Buenas tardes, mamá mía, dijo corriendo hacia la portera y uniendo con un tierno beso su preciosa y alabastrina carita al rostro abotagado de su madre.

Viendo después al anciano, se hizo un paso atrás y le saludó con una graciosa cortesía.

—Vamos á comer, que traerás apetito, dijo gravemente Mme. La Roquette; cubre la mesa.

La niña sacó de un rincón una mesita cuadrada; de la parte baja del armario de nogal, un cesto que contenía un mantel y cubiertos y una bandeja con vasos; enseguida cubrió la mesa, fué á la chimenea y echó en una fuente el potaje.

—A comer, mamá, dijo; veo que hoy tenemos banquete... ¡Cáspita! ¡peras cocidas con azúcar, nueces y almendras!

—Las peras son porque tú toses.

—¡Una sola vez anoche! Figuráos, caballero, prosiguió dirigiéndose al anciano, que mi madre cree que por todo me voy á morir, y soy más fuerte que un roble; anoche tosi un poco, y ya me hace comer hoy peras con azúcar. Al hablar así Julieta, y extrañando que no la contestasen, miró al que la escuchaba; instantáneamente se pintó en su cándido rostro una expresión de piedad profunda, y una lágrima asomó á sus ojos.



El anciano miraba con la dolorosa avidez del hambre, el humeante potaje, colocado en el centro de la mesa.

—Sentáos á comer con nosotras, señor, dijo la niña con una adorable timidez y un tierno respeto, y perdonad que me atreva á pedir os esta merced: ¡nuestra comida es muy pobre...! acaso la hallaréis indigna de vos... pero yo os estimaré como un gran favor el que participéis de ella.

—Si, caballero, yo tendré el mayor placer en que aceptéis el convite de Julieta... creed que está hecho con la mejor voluntad.

—¡Gracias, señora...! ¡gracias, hija mía! acepto... con todo corazón.

Y el anciano acercó su silla á la mesa. Apenas Mme. Anastasia le hubo hecho plato, el desconocido se puso á devorar el contenido con una ansia febril.

—Cualquiera diría que tiene hambre, pensó Mme. Anastasia, que le observaba sorprendida.

—¡Qué hambre tiene! se dijo dolorosamente Julieta, que no se atrevía á mirarle.

Cuando la comida hubo terminado, el anciano se levantó, se acercó á Julieta, tomó su mano y metiendo en el pecho la que le quedaba á él libre, sacó un objeto.

—Mi querida niña, le dijo, hoy habéis practicado una de las obras de misericordia, *dando de comer al hambriento*: hacia treinta horas que no probaba yo alimento alguno... ni sabía cuándo po-

dría tomarlo... ahora, gracias á vos que habéis adivinado mi desgraciada situación, gracias á vuestra madre, ya tengo segura la vida durante algunas horas más... yo os doy de nuevo las gracias... y para que os acordéis de vuestra caridad en este día, quiero dejaros la única cosa de valor que he podido conservar.

Y diciendo estas palabras, puso en el dedo de Julieta una sortija de sellar, en cuyo centro, y esculpido en malaquita, se veía un blasón con cuatro cuarteles; el aro era de oro liso, de gran sencillez y riqueza.

Julieta miró asombrada el precioso regalo: la sortija, hecha, á no dudar, para el dedo delgado de una mano fina, venía casi justa al suyo; pero antes de que hubiera podido expresar su gratitud, el anciano dió un grito de alegría.

Una figura de mujer, esbelta y vestida de luto, atravesaba el patio.

—¡Es ella! ¡es Sofía! he conocido su hermosa cabellera rubia y sus grandes ojos azules, exclamó el desconocido; quedad con Dios, amigas mías, quedad con Dios.

El anciano salió de la portería y empezó á subir la escalera siguiendo á Mme Cottin.

—Ese hombre debe de haber robado la alhaja que acaba de darte, niña, dijo la portera; él tiene casi la traza de un mendigo.

—Mamá, repuso Julieta, yo que estoy siempre trabajando en encajes, os puedo asegurar que los



de su corbata, aunque usados, son magníficos: eso lo conocí al entrar.

—La corbata será robada también.

—¡Oh mamá! ¡tiene ese señor una fisonomía tan noble y tan dulce! Pero callad... alderredor de este blasón hay letras, y debe ser su nombre. Sí, no hay duda...

—¿Qué dice esa inscripción?

—Dice... ¡El Marqués de Caudillac!

—Es un noble perseguido, no ha robado la sortija, dijo reposadamente Mme. Anastasia; y volvió á tomar su calceta.

## XVIII

El anciano subió la escalera despacio, para no llegar antes que Sofía ni al mismo tiempo que ésta; mas un instante después de haberse cerrado la puerta de la habitación, llamó él.

Una voz cascada preguntó con acento desapacible:

—¿Quién llama?

—Una persona que desea ver á Mme. Cottin, respondió el Marqués, pues ya podemos llamar así al anciano.

Abrióse la puerta, y Mariana, anciana seca y de aspecto muy poco agradable, introdujo al Marqués en un saloncito pobremente amueblado.

Veíanse en él, sin embargo, dos objetos de valor: una arpa y un piano.

Lo demás del mueblaje consistía en sillas ya pasadas de moda, en un reloj de poco precio, colocado sobre la chimenea, y un velador cargado de papeles y de libros.

Delante de las dos ventanas caían anchas cortinas de tela de lana verde.

Cuando entró el Marqués, Sofía acababa de despojarse de su sombrero: era la misma encan-